



Campo de Agramante (II)

En el Boletín nº 175 (mayo-junio 1995) reprodujimos algunos fragmentos de la novela de José Manuel Caballero Bonald, Campo de Agramante, publicada en 1992. Se trataba de textos que hacían referencia a la madera y determinadas peculiaridades. En esta ocasión reproducimos otro fragmento, esta vez dedicado a trabajos forestales y volvemos a recomendarla debido a su extraordinaria calidad literaria, y en este caso, maderera, donde Caballero despliega unos conocimientos y una precisión de terminología verdaderamente sorprendente que ya quisieran para sí muchos del sector.

Cuando medio comprendí que podía oír los ruidos antes que se produjesen, ni siquiera lo consideré una rareza.

No sé por qué pensé eso entonces, pues tampoco había tenido ocasión de hacer ninguna clase de consulta en este sentido, y mucho menos de prever hasta qué punto iba a afectarme tan poco frecuente especialidad. Todo empezó hace ya casi nueve años, un día en que tío Leonardo me llevó a una tala de pinos negrales por los cerros de Alcauduz. Me acuerdo bastante bien todavía. Era una mañana incolora y húmeda, con una neblina veloz reptando entre los árboles y dejando colgadas de las ramas una especie de vedejas algodonosas. En mitad de la arboleda, por donde se hacía más pronunciado el declive del monte, un mediano calvero marcaba el avance de la tala, que no iba a pasar aquella vez de medio centenar de pinos prietos. El paisaje tenía por esa parte una ingrata apariencia de estrago, con los tocones de los árboles untados de algo que parecía melaza y los desbroces esparcidos por el terraplén como después de un vendaval. Oía mucho a resina, y ese olor me dejó en la memoria el amago taciturno de un invierno lejano en la cabaña del guardabosque.

Tío Leonardo me dijo que me quedase en el barracón donde habían instalado provisionalmente la sierra mecánica y que no me moviera de

allí hasta que él volviese. Y yo no me moví, o solo lo hice para curiosear un poco por aquellos alrededores.

La sierra -que no funcionaba en ese momento- aparecía salpicada de orín y por los rodillos laterales fluían unas manchas grasientas, como una supuración que hubiese ido encostrándose y tiñéndose de negro a medida que rezumaba. Había maderos escuadrados y troncos sin desbatar apilados en todas partes. Me entretenía escarbando en la punta de la bota entre el serrín alojado en las grietas del terreno, cuando oí de pronto el estruendo de un árbol desplomándose, abriéndose paso entre la espesura de la fronda, un enorme arañazo de ramas desguazadas y como esparcidas a lentos empellones por el calvero.

El tablaje del fondo me impedía la visión, pero esperé sin ningún motivo aparente a que se apagara el ruido para asomarme afuera, y fue entonces cuando vi derrumbarse el árbol. Supuse en un primer momento que sería otro pino que había sido aserrado casi simultáneamente, pero el de ahora se venía abajo sin ningún presumible desbarajuste vegetal, caía con una premura silenciosa sobre la tierra, sólo levantando al final una nube insonora de polvo y ramujos astillados.

No recapacité aún en la evidencia de que ya había oído previamente ese estrépito. Tampoco consideré entonces oportuno contárselo a nadie, sobre

todo porque ignoraba si realmente había oído caer el árbol antes de tiempo, y porque lo más seguro era que no acertara a explicar a ciencia cierta nada de lo ocurrido. A lo mejor es que había un eco raro en el barracón y el retumbo de otro árbol ya abatido se había quedado por allí sin encontrar la salida.

Pero eso siquiera me pareció una explicación aceptable. De modo que empecé a sentirme bastante turbado, como si un desasosiego acústico se dividiera en muchos filamentos por dentro de mi cabeza, obstruyéndome algún atajo de la razón. También pensé que muy bien podía tratarse del efecto de una fiebre repentina, lo cual me resultó todavía menos convincente.

Y en esas ví acercarse a tío Leonardo. Venía acompañado de dos de los hombres que trabajaban con las motosierras y tuve la impresión fugaz que estaba escuchando la conversación que todavía no habían iniciado. Pero fue sólo una variante testaruda de mi propia confusión, pues los hombres comenzaron a hablar en la linde del calvero y oí claramente el murmullo de las voces cada vez más nítidas conforme se iban aproximando. Creo que también distinguí entre ellas el triple graznido de la urraca.

- Dos de los camiones se atascaron en la arena floja del carril- decía uno de los hombres, el que llevaba una



ropa de agua de color amarillo loro-. Y menos mal que sólo fueron dos, uno hasta los topes y otro de vacío. - Tenían que haber metido el rulo antes de empezar -dijo tío Leonardo-. No sé porqué no lo avisé. El otro hombre era menudo y blanquinoso y disponía de una aparatosa pelambre rubiasca. Iba a decir algo, pero el de la ropa de agua lo interrumpió con un gesto apremiante. - Se pasaron de listos -levantó la voz sin ninguna necesidad-. Dos horas largas para sacar al que iba cargado. Dos puñeteras horas con el tractor echando fuego -se sacudió un pernil del pantalón, como liberándolo de alguna pegajosidad-. O sea, que hubo que aligerarle del peso y arrimar el cabrestante. Tío Leonardo me descubrió entonces y se acercó con prisa intempestiva.

- A éste -dijo, cogiéndome suavemente del hombro- vamos a tener que rebajarle la estatura con una lijadora. - Como poco -dijo el de la pelambre, y me midió con la pericia insolente del bajo-. Un pino tieso. El de la ropa de agua se desvió unos pasos y usó de un vozarrón con cierta resonancia cavemaria para llamar a alguien. Se le había avivado el azafrán de las mejillas. - ¡lobatón! - gritó, alargando la «o» por un túnel sonoro que se fue perdiendo por las lontananzas del bosque y volvió inadecuadamente al punto de partida. Y fue entonces cuando oí otra vez el alboroto creciente de un pino recién talado, un brusco rozamiento inicial y un encontronazo seco y como catapultado hasta más allá de la pineda en ondas concéntricas. Miré

al lugar de donde parecía proceder el ruido y sólo vi la oscilación brumosa de la enramada, apenas verdeando contra un fondo de manchas opalinas. Medio distinguí también, al otro lado del talud, las siluetas de unos leñadores desbrozando un tronco con las motosierras. La imagen del árbol cayendo debió de surgir a renglón seguido, pero tuve la impresión de que había tardado varios minutos, dos o tres por lo menos. Era un árbol de buen porte, pues ya habían abatido los más pequeños de alrededor para que aquel no los dañase al caer. Tío Leonardo se volvió entonces y observó sin curiosidad el derrumbe del pino sobre el calvero, primero un choque sordo y luego una maraña de vástagos y agujas saltando por el aire. Parecía una secuencia cinematográfica en la que hubiesen suprimido los efectos

